MAGALLANES EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA II VERSIÓN DEL CONCURSO

MAGALLANES EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA II VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Primera edición: agosto de 2017

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Andrés Braithwaite
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | Alejandro Délano-Águila, Diego Oyarzún y Rubén Sillard

Inscripción n° A-280030 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-20-0
Tiraje: 10.000 ejemplares
www.magallanesen100palabras.cl

Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

MAGALLANES EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA II VERSIÓN DEL CONCURSO

A raíz del éxito que en 2016 alcanzó la primera versión del concurso de cuentos breves MAGALLANES EN 100 PALABRAS, organizada para celebrar los 70 años del descubrimiento del petróleo en Chile, ENAP Magallanes y Fundación Plagio decidieron este año repetir la actividad.

Se trata de una iniciativa cultural que, además de afianzar los lazos entre esta empresa pionera en Magallanes con la comunidad, constituye una relevante instancia de participación y expresión ciudadana que, mediante la escritura de microrrelatos, permite rescatar la historia, el patrimonio, las costumbres y la idiosincrasia de los habitantes del extremo austral de Chile.

Los invitamos a leer y disfrutar este libro, en el cual están plasmados los mejores 100 cuentos seleccionados por el jurado de la segunda versión del certamen.

Esperamos que cada una de estas pequeñas historias despierten gran entusiasmo en los lectores, pues reflejan el presente, pasado y futuro de la región magallánica.

ENAP

Una geografía fascinante. Un acento particular. La huella que deja la Patagonia en quienes desde diferentes lugares de Chile y del mundo llegan a formar un hogar entre el viento y el frío. Esos fueron algunos de los temas centrales de los cuentos que recibimos el año pasado, en la primera versión de MAGALLANES EN 100 PALABRAS.

En esta segunda edición del concurso, el desafío era que más personas contaran sus historias. Queríamos registrar con mayor profundidad la diversidad de voces de la región. Recibimos más de dos mil cuentos, cientos de textos más que en 2016. En estos relatos, los magallánicos escribieron cómo se han construido las identidades de este territorio al sur del mundo. La naturaleza viva, los inmigrantes, los selknam, y numerosos y potentes personajes femeninos son protagonistas de este libro, que reúne a autores de comunas tan diversas como Natales, Primavera, Torres del Paine, Cabo de Hornos, Punta Arenas y la Antártica.

Esta publicación es una invitación a descubrir el imaginario de la Patagonia, a trasladarse –guiados por las voces de sus habitantes– a algunos de los paisajes más hermosos del mundo, pero también a conocer la mirada que tienen los magallánicos sobre su historia.

Ahora acompáñennos a leer sin pausa estos 100 cuentos. A encontrarnos o reencontrarnos con esos modismos que se escuchan todos los días en la región. A saborear ese plato de la mejor picada de Punta Arenas o a descubrir una nueva historia sobre esas calles tantas veces recorridas. A entender por qué es importante soportar el frío de un chapuzón en el estrecho o por qué la leche con plátano y choripán es el mejor desayuno posible.

FUNDACIÓN PLAGIO

Primera plana

PRIMER LUGAR

Li Chang Fu se cortó un dedo al pelar papas en la oxidada cocina del barco. Mientras se vendaba con una gasa improvisada, ideó cómo fugarse de la prisión flotante sin tener que sumergirse en las aguas del estrecho. La noche del sábado construyó una balsa con cueros viejos que encontró en una bodega y desde el calamarero trató de llegar a orillas de Punta Arenas. Hoy *El Pingüino* y *El Magallanes* publican que el fugitivo fue encontrado flotando cerca del Fuerte Bulnes. Ambos diarios están a bordo del calamarero advirtiendo al resto de los condenados que Chang es libre.

JUAN FIGUEROA GUÍÑEZ, 40 años, Punta Arenas.

Manolo Toloza

¿13 de diciembre de 1930?, pregunté con cierto recelo. Sábado, respondió ágilmente Manolo, sin titubeos ni dudas. Sorpresa para mí, aplausos para él. Antes de partir, me pide un cigarrillo, lo prende y vuelve a caminar, a la espera de otra molesta pregunta que trae nicotinosas recompensas.

CRISTÓBAL DÍAZ HUERTA, 30 años, Punta Arenas.

Chilenidad

Formado en una simétrica y grisácea hilera, recibes el lunes. Las manos frías, engominado y con un vestón andrajoso. En la radio ponen un casete con el himno de un lejano país llamado Chile. Un profesor canoso hace gestos con sus manos, dirigiendo una orquesta invisible. Tú cantas bajito. Un compañero iza la bandera y se ríe. El inspector lo reta. Desde donde estás, crees ver piojos en la cabeza de alguien. Te pones nervioso. Es junio y afuera nieva. Pierdes la vista en la bandera. Cantas un poco más fuerte. Güelasilo contra la presión.

MIGUEL BÓRQUEZ BÓRQUEZ, 32 años, Natales.

Calafates y mentiras

Nunca podrás negar que fuiste tú la que se comió mis calafates. Tu boca habla sin que digas nada.

ÓSCAR ESPAÑA BURGOS, 45 años, Punta Arenas.

Sentimientos encontrados

¿Conocen los sacapuntas antiguos, esos socotrocos que debías agarrar fuertemente a una superficie para luego girar una manivela? La última vez que vi uno fue en casa de mis papás cuando era muy chica. El otro día mi jefe rescató uno. ¡Estuvo a punto de irse a un basurero! Hoy compito conmigo misma por sacarles punta a mis lápices de colores, para dejar cada punta más filuda.

MONSERRAT VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, 32 años, Punta Arenas.

El cerro Levé

Contaba mi padre que, cuando era joven, con sus amigos iban a jugar al cerro Levé. Por ahí, alguien les dijo que fueran en la noche de la víspera de San Juan, cada uno con una gallina negra, pues se les presentaría el diablo en persona y podrían cumplir todos sus deseos. Ilusionados, fueron, pero se asustaron porque sintieron un enorme estruendo. Corrieron cerro abajo, soltando las gallinas y sin mirar atrás. Nunca se supo si en realidad el diablo se hizo presente ni qué pasó con las gallinas.

JUANITA MARTINOVIC VALLE, 73 años, Punta Arenas.

Amor patagónico

Con el tiempo descubrí que su amor era como la Patagonia: tremendamente hermoso, pero muy frío.

MACARENA MEJÍAS HERRERA, 26 años, Porvenir.

2.200 kilómetros

¿Aló? ¿Florería Sarmiento? Llamo de Santiago... ¡Sí, un poco lejos! Llamo para mandarle un buen arreglo a alguien que todavía recuerdo. Mándelo en mayo, para su cumpleaños. Al Perla Bar. Trabaja ahí desde hace un rato, pero ayúdeme, que no cacho de flores ni de amor. Vaya y pregunte por Zdenka. Tiene ojos medios chinitos y cejas perfectas. Si va a las nueve la pilla comiendo palmitos y ensaladas en su cena. A ella no le gusta nada, ni el café caliente ni las cosas del mar, pero confío en que esto le va a sacar al menos una sonrisita.

RICARDO PADRO ASPEE, 30 años, Punta Arenas.

El amigo

Se hablaba en la estancia de fantasmas, y Pérez, el puestero nuevo, comentó indiferente: «Yo nunca vi nada. Como le decía ayer a don Fabio, creo en lo que veo». Barría, el más antiguo, arqueó las cejas: «¿Don Fabio?». «Un gaucho que pasa todas las tardes frente a mi puesto en su caballo moro. A veces conversamos». Barría dijo pensativo: «El único Fabio que conocí se desbarrancó hace años en su moro. No dirá que su amigo también tiene barba blanca». Pérez agrandó los ojos y sintió que el mate le temblaba entre las manos.

IVÁN ROJEL FIGUEROA, 49 años, Punta Arenas.

Carnaval

La última palada de tierra cubrió el cuerpo inerte de mi mascota. El frío de julio invadía la noche. Me puse mi pequeña chaqueta y miré al cielo. Las luces del carnaval se reflejaban en el gris firmamento invernal. Agité mi mano en señal de despedida hacia las nubes mientras las lágrimas corrían por mi inocente rostro. Sentí el calor de mi familia a mi lado, todos con caras largas. ¿Vamos?, dijo mi madre, apretando mi mano. Me puse mi gorro de pirata y nos fuimos al carnaval a pasar las penas.

ROBERTO HOFER ASENCIO, 18 años, Punta Arenas.

El carnero diabólico

Cuando era chica, mi abuela me mandó a dejarle comida a un carnero que tenía en su huerto, encerrado. Yo fui tranquilamente, con mi wiñe de lana y mis botitas de goma. Abrí el portón y vi al carnero con cara de malo y mostrando los cachos. Partí corriendo para el otro lado, y el desgraciado me perseguía por todas partes, yo ya llorando, escondida detrás de la casa del perro. Y llegó mi abuelo y le pasó la comida para que se la diera, y el carnero se hizo el bueno y comió tranquilamente, como si nada.

SOFÍA CERDA ZÚÑIGA, 15 años, Natales.

Elefante

Nunca le gustaron el frío ni el elevado costo de la vida de Punta Arenas. Aun así regresó cada vez que lo necesitó. Se fue cuatro veces al norte, donde había de todo: frutas, conciertos, arriendos económicos y calor. Hoy se halla en paz en Magallanes, donde, el día que no lo dejaron entrar a la disco, por primera vez tuvo sexo, se embriagó y vio un ovni.

ISAAC VÁSQUEZ GONZÁLEZ, 28 años, Punta Arenas.

Carnicería

Diciembre, 1978, cerro Dorotea. Desde aquí podemos ver el reflejo de los vehículos al otro lado de la frontera. Escuchamos cuando encienden sus motores. Nos aliviamos cuando los apagan. En la unidad hay natalinos, carabineros y pelaos. Yo salí a comprar a la carnicería de Miche y terminé aquí. Pasado mañana será Navidad y no he comprado el cordero. Lo deben estar esperando en la casa. El oficial dice que hay que ser valiente: «Tienen veinte balas. No pueden dejar el fusil en automático, porque, si no, a la primera ráfaga se quedarán sin municiones».

IVÁN MANSILLA LUCERO, 37 años, Punta Arenas.

Las hijas de un minero

Esperaba con ansias la llegada de mi papá cada fin de semana. No importaba si llegaba el sábado en la tarde, el sábado en la noche o el domingo a las seis de la mañana, porque así eran sus turnos. Lo importante era poder estar con él esas pequeñas horas en que iba a casa, y compartir alrededor de la mesa un almuerzo, una cena a las once de la noche o un desayuno a las seis de la mañana. Eran momentos de familia, porque el lunes ya no estaba: se había ido a trabajar al mineral de Río Turbio.

JAQUELINE GÓMEZ SALDIVIA, 46 años, Punta Arenas.

María Teresa, la santa de la casa roja

La santa de la juerga en la calle Quillota se encuentra. Los domingos por la mañana, extraña se levanta y observa desde su ventana. Al sur, el estrecho. El sol, imponente, está cantando. Abre las cortinas, mira encandilada hacia fuera. Aprecia las botellas quebradas, los protectores usados. Sabe que el trago estuvo fuerte y que el baile fue hasta tarde, cuando los pies rezaban tregua. Espera otro día. Ansiosa, sublime, se pinta la boca, se pone un encaje, arregla su pelo, se toma unos amargos y espera. Tómate un traguito conmigo, brindemos una caña por los extraños y los errores.

PAULINA MANSILLA TORO, 28 años, Punta Arenas.

El Chivo Sazo

El Chivo Sazo creció con las ráfagas de viento que lo impulsaron hacia el bajo cielo de los 81 veranos que ya ha vivido. Tiene la piel quemada por aquellos grados bajo cero que nunca esquivó y la espalda curva como los árboles de la Patagonia que se deslizan hacia un lado por culpa de la brisa, que no es brisa sino golpe. La esquila le arrebató dos uñas de la mano izquierda cuando ya habían pasado por sus manos 179 ovejas y el arado le dejó las rodillas inservibles. Mas nada podrá arrebatarle la dicha de vivir.

NICOLÁS MORA FORETICH, 16 años, Punta Arenas.

Una rara sensación

Un día, caminando de mi casa al colegio, me encontré con una paloma antártica. Me iba a ir por otro lado y sentí que me seguía. Después de unos segundos me di cuenta de que sí me iba siguiendo. Me devolví a mi casa a contárselo a mi mamá y todavía me seguía, hasta que por fin se fue hacia otra casa. Me dio algo como entre risa y asombro.

ISIDORA RIVERA CARRASCO, 8 años, Antártica.

Yugolote

1. Nombre científico que recibe el híbrido de dos especies introducidas y de satisfactoria adaptación en Magallanes: yugoeslavo y chilote. Sujeto esforzado, de gran carácter y con un coraje isleño heredado de los paseos por el Adriático y las costas de Quinchao. 2. Persona versátil, que no tiene un rubro único, apasionada por el campo, la literatura o el deporte. 3. Ejemplos: Muñoz Sesnić, Sčepanović Ojeda, Díaz Eterovic, Puratic Cárdenas, Damianovic Barría.

MARCELO ESPINOSA AGUILAR, 23 años, Punta Arenas.

Los Tirapiedras

El poblado es peculiar. A la mayoría de su gente se la conoce por un apodo, al punto de casi olvidarse el verdadero nombre de cada cristiano. Destacan algunos apelativos relacionados con la fisonomía de la persona, como Cogote 'e Carro, Boca Abajo, Patas con Harina, Patas Cortas, Manos Limpias; o los animalescos, como Venao, Cachete de Perro, Rosa Pollo, Caballo sin Cola. Pero los más creativos son aquellos que llaman a la acción: Apaga la Vela, Saca tu Gorra, Ataja la Chancha. Toda la gente de aquel lugar es conocida como los Tirapiedras.

LILIANA FERNÁNDEZ QUINÁN, 43 años, Punta Arenas.

¿Estarás ahí conmigo?

Ahí, en la cafetería frente al mirador, ¿estarás conmigo? Era nuestro lugar preferido, pero un día, sin más, dejaste de ir, como si te hubiera pasado algo. Camino y camino intentando aclarar los millones de preocupaciones que llevo dentro. Ni el cielo nocturno, ni ir a las galerías Ipanema o Patagonia, ni comer alfajores, ni comprar dulces me hacen volver a sentirte ni siquiera cerca. Por eso mismo, con una gran pena en el alma, tal como de la nada vine, de la nada salgo, sin decir nada.

CONSTANZA MANSILLA GALLARDO, 14 años, Punta Arenas.

Me cuentan historias

En Natales nos conocemos casi todos. Cuando les digo quién es mi abuela, siempre tienen alguna historia sobre ella. Me contaron que un preso de la cárcel de Natales fabricó un bote con papel de diario. Mi abuela tenía carnet de capitán de nave menor. Había que probar la embarcación. Ella navegó desde Natales hasta Puerto Prat por el fiordo Eberhard. Se mojó las patas solamente.

CAMILA ECHEVERRÍA MAC-LEAN, 30 años, Natales.

Provisiones

MENCIÓN HONROSA

La gente no se explicaba cómo don Efraín mantenía el negocio entre tanto desastre. En las puertas de cada comercio las filas eran de varias cuadras de largo, pero en los raros días en que él abría el almacén había de todo para todos. Mi abuelo decía que tenía un trato con los milicos. Mi abuela, con el Caleuche. Cuando don Efraín desapareció, mi abuelo lo acusó de comunista. Mi abuela, de brujo. Por su bien, espero que el pobre haya sido brujo.

RODRIGO CASTRO VILLARROEL, 44 años, Punta Arenas.

Puerto Bories

Se conocieron un Viernes Santo, comiendo carne de chancho. Pololearon tres años por carta. Solo podían verse tres veces al año: en Semana Santa, Fiestas Patrias y Año Nuevo. Ella trabajaba en Puerto Bories; él en Punta Arenas. Ella era garzona y ama de llaves. Él había sido vellonero, enapino y soldado. Se amaban tanto que decidieron casarse en Puerto Natales, para luego trasladarse a vivir a Punta Arenas. Fueron muy felices durante cuarenta y ocho años, hasta que él falleció. Pero ella vive conmigo. Soy la tercera de cuatro hijos. Soy quien escribe esta gran historia de amor.

GLADYS CARRASCO LEPE, 50 años, Punta Arenas.

Ilustración de Diego Oyarzún para el cuento «Primera plana» (p. 9).

Juan Botas

Cambiemos los caballos: tu yegua es nueva y mi caballo sí que cruza. Era primavera y el río Las Chinas venía revuelto. Sin señal, sin puente. Juan Botas me cambió el caballo. Entramos, las aguas nos golpearon. Apreté piernas, dientes. Cerré los ojos y confié en la montura. Juan, con mi yegüita Perla, se quedó atrás. Él sabía que su caballo era mejor para esas piedras y ese río. Juan Botas sabía más que yo. Pasó uno, pasó otro, pasé yo. A Juan se lo tragó el río. La yegua apareció adelante. A Juan lo enterramos ayer.

PAOLA DE SMET D'OLBECKE ERRÁZURIZ, 45 años, Punta Arenas.

El regreso

Volví a Porvenir luego de mucho tiempo. Viví allí en esa época en que todos se conocían, y si alguien venía de afuera, todos lo sabían desde la barcaza. Cualquier pedazo de tierra era apto para jugar a la pelota. Hoy al parecer nadie se saluda o tal vez nadie se conoce. Ayer me di una vuelta por la isla y los pocos niños que vi caminaban mirando el celular. Quizás soy solo yo el melancólico y no me adapto al progreso.

CRISTIAN CALBUANTE PICHUNCHEO, 29 años, Porvenir.

En las mismas

Salía de mi trabajo en pleno invierno. Había escarcha y fuertes vientos, y ya estaba oscuro. Caminaba por la calle Errázuriz hacia mi auto cuando repentinamente sopló una ráfaga tan fuerte que tuve que agarrarme a una reja. El viento me zamarreaba de un lado a otro, como una especie de veleta. Vi que al otro lado de la calle uno de los borrachos tradicionales del lugar también se afirmaba a la reja de una casa, incapaz de sostenerse en pie por el alcohol. Me sonrió, con escasos dientes. «¡Somos de los mismos!», me gritó.

SYLVIA SÁNCHEZ QUINTUL, 58 años, Punta Arenas.

Querer viajar a Italia

Me gustaría viajar a Italia, conocer mucho, formar una familia y tener muchos hijos con una italiana, recorrer el mundo entero y aprender inglés para poder comunicarme adonde vaya con personas extranjeras, ver los partidos de la Champions y conocer a los jugadores de todos los equipos y sacarme fotos con ellos, y salir a las discos y conocer a muchas mujeres de distintos lados, y aprender mucho y hacerme muchos amigos, y conocer a famosos de películas y hablar con ellos y que me digan cómo se puede ser actor de películas y mucho más. Recorrer por todos lados.

JAIME SAAVEDRA CALDERÓN, 21 años, Punta Arenas.

Cuento escrito en un taller literario realizado
en el centro penitenciario de Punta Arenas.

Judas

Cuando escuché su nombre, no me pareció nada raro. Aunque sí es curioso que un cordero, entre miles de corderos anónimos, tuviera un nombre. Era mi primera temporada en la estancia y ocupé el cargo de escobero. De pronto su nombre fue repetido por varios trabajadores. Al parecer, era una celebridad. Varios fuimos a ver el espectáculo. Como si los corderos olieran su muerte, se negaban a entrar por el corredor que daba hasta el matarife. Pero ahí estaba él: tomaba la iniciativa y los corderos lo seguían. Al llegar donde el verdugo, era liberado gracias a su traición.

MARCO QUIROZ PRADENAS, 37 años, Punta Arenas.

El sonido de la felicidad

Una tarde en Cerro Castillo, para acortar la espera de la camioneta que me llevaría a la estancia, decidí subir caminando a la laguna Escondida, pues me habían dicho que era un lugar lindo y tranquilo. Ya allí, comí un sándwich y bebí media botella de vino. Luego me tendí de espalda sobre la hierba para mirar el cielo y disfrutar la tarde sin viento. Estando en eso, un cóndor voló exactamente sobre mis ojos, tan cerca que oí sus alas cortando el aire. Ese sonido tocó mi alma y lloré al ser consciente del privilegio que había vivido.

MICHAEL ARCOS VALENZUELA, 42 años, Torres del Paine.

Bandera

La compré antes de irme a la universidad. La colgué en mi pieza y la cosí en mi mochila. La llevé a varias marchas y me abrigué el cuello con ella a la salida de un par de conciertos. Ahora que volví, la guardo en un cajón de mi escritorio. Ahí espera, paciente, la próxima aventura.

ANGIE SILVA MAJOR, 26 años, Punta Arenas.

Calle

El Tabla, el Pata de Loro, el Cuatro Millones, el Argentino, el Busca Boche. Todos se juntan impajaritablemente a las doce del día para almorzar y a las ocho de la noche para dormir en la hospedería de acogidos de Avenida España. Pero hoy era un día especial: los Guarenes, los dos hermanos, estaban de cumpleaños. Celebraron, corrieron lágrimas. Abrazados como la familia que ya no existe, cortaron su torta, y ahora, por esta noche, y quizás solo por esta noche, se acuestan felices, muy felices. Mañana, levantarse, y lo mismo de siempre: caminar y sobrevivir en la calle Errázuriz.

ROBERTO FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, 40 años, Punta Arenas.

Heladito de coco

Al cumplir once años, mi padre decidió que ya era un hombre y que debía colaborar en la economía del hogar vendiendo helados. Era famoso en Natales. Recorría la ciudad con su grito: «¡Helaíto 'e coco, helaíto 'e vainilla, helaíto pa' las lindas chiquillas!». Todas las tardes regresaba con su carro de 250 helados vacío. A mí me entregaron un canastillo con 50 vasos de helados y me enviaron a las ramadas del Club de Rodeo. Volví llorando. Permanecí toda la tarde con frío y hambre, sin siquiera ingresar al mentado club. Regresé con todos los helados derretidos.

JORGE DÍAZ BUSTAMANTE, 59 años, Natales.

Amor magallánico

Uno se acostumbra al viento frío cortante en las mejillas, a la escarcha en la mañana y a los crujidos de las casas por las noches. Uno se acostumbra al paisaje magallánico, al árbol torcido, a la pampa amarillenta. Uno se acostumbra a la rutina tranquila, a los días cortos y a las noches largas. Pero nadie me advirtió que me acostumbraría a tu hablar cantadito, a tus palabras confusas, a tu amor por la isla.

MARÍA POSSEL GONZÁLEZ, 28 años, Porvenir.

Un día muy especial

Allí estaba yo, un día miércoles del mes de marzo del año 2016, muy ansiosa y nerviosa por lo que sucedería en la localidad donde iniciaría mi nuevo trabajo como maestra: Cerro Sombrero. Al llegar, pensé: ¡seguro que por fin veré petróleo!, ¡los niños son pocos y buenitos! En fin, muchos pensamientos invadieron mi mente, pero siempre con la convicción de que era una excelente oportunidad laboral, en especial porque el lugar quedaba tan cerca de mi casa en Porvenir, casi al lado. Y aquí sigo, feliz, enseñando a niños geniales y, como yo, auténticos fueguinos.

ANDREA PÉREZ ALVARADO, 35 años, Primavera.

Diez minutos más

Es de noche. Enciendo la lámpara y veo mi parka con franjas fluorescentes, un pantalón azul y esos gruesos zapatos que hielan mis pies. De pronto, una vocecita se asoma entre las sábanas diciendo: «No quiero ir al colegio, mamá». Sonrío e imagino que solo por hoy no correré tras los autos para que paguen el estacionamiento, no me cuidaré de los perros ni de los que creen que por trabajar en la calle pueden tratarme mal. Miro sus ojitos, siento su aliento, apago la luz y, mientras el cielo rosado deja caer la nieve, murmullo en secreto: «Diez minutos más».

KATHERINE HENRÍQUEZ SEVERINO, 42 años, Punta Arenas.

Con luca

Con luca en el bolsillo, cruzamos el umbral de la puerta y, escondidas entre los niños de básica, logramos salir a la calle, fuera del colegio. Con 100 pesos le compramos un pan al tío de la bicicleta, que compartimos entre ambas. Con 650 pagamos una cajetilla chica de Belmont celeste y con uno de tus aros de perla de fantasía le hacemos hoyitos al filtro. Con 120, dos chupetes de los rojos. De cereza. Volvemos de la mano para no caernos en la escarcha y entramos de vuelta, aún con un par de monedas para el día siguiente.

PILAR HIGUERA VALENCIA, 23 años, Punta Arenas.

Marcos

Marcos salió de su casa en pleno julio. Las veredas no le permitían caminar con facilidad. Se resbalaba a cada paso. Podría haber bajado por otra calle, pero eligió Yungay, la de siempre, la que conocía de memoria, la que prefería sin siquiera pensarlo, por intuición o por arraigo. Aún no amanecía y tardaría en hacerlo. La vereda irregular desafiaba sus habilidades de buen caminante. Llegó a su esquina preferida, miró hacia ambos lados, comenzó a caminar lento. Como cada día, enfocó su mirada en esa ventana. Estaba cerrada. Ella seguramente no había regresado. Mañana volverá a bajar por Yungay.

ELVIO SARAVIA BIANCHINI, 39 años, Natales.

¡Qué mala suerte!

Intenté escribir un cuento que hablara de Magallanes sin mencionar el frío, pero salí a dar una vuelta y se me congelaron las ideas.

FERNANDA RUBIN RAFAJELO, 29 años, Punta Arenas.

Cuando los Beatles vinieron a Punta Arenas

Fue el 75 cuando vinieron los Beatles a Punta Arenas. Se tomaron la foto de rigor junto al indio de la plaza. Ringo se sintió particularmente atraído por un perro que dormía cerca de ellos. Lo acarició. John y Paul se separaron de la comitiva para servirse un café en un taquillero restaurante de la calle Bories. La gente empujaba afuera para poder entrar y pedir autógrafos. George logró que el cerco de militares lo dejara saludar a los fans en la calle. Repletaron el gimnasio fiscal. Yo no fui porque había muerto dos años antes.

MARCELO BRAVO ESPINOZA, 39 años, Punta Arenas.

Mi vida en la Antártica

Cuando llegamos con mis compañeros de colegio a la Antártica, nos invitaron a la radio de la base Frei. Nos levantamos temprano y fuimos. Era la radio Soberanía, la mejor de la Antártica. Nos preguntaron cosas: ¿cómo se siente estar en la Antártica?, ¿te gusta la Antártica?, ¿que canciones te gustan?, ¿has visto pingüinos?, ¿qué te gustaría ser cuando grande? A esta última pregunta yo respondí: empresaria. Después me fui a mi casa y escribí un cuento. Me imaginé a mis familiares que están en Santiago y vi una película.

SOFÍA CASTRO ULLOA, 11 años, Antártica.

Sándwich point

Unos dicen que lleva, otros dicen que no. Esos otros llegan diciendo que tienen la razón, pero déjenme decirles una cosa: el Barros Luco lleva mayo, y si no les gusta, vuelvan a su región.

MIGUEL LILLO ETEROVIC, 32 años, Punta Arenas.

De profesión, ovejero

Hoy va a la ciudad. Necesita renovar su carnet y eso solo lo puede hacer él. Como siempre, se levanta al amanecer y trata de hacer en unas horas lo que debería hacer en un día. El patrón siempre lo reta por eso. Le dice que no tiene que hacer todo, que se calme. Pero él no puede evitarlo: está en su sangre y ya es tarde para cambiar. Solo sonríe cuando se lo dicen. Finalmente, después de tres largas horas de viaje y espera, en el mesón del Registro Civil, con una sonrisa, se le oye responder: «De profesión, ovejero».

CLAUDIA TRUJILLO PAREDES, 37 años, Punta Arenas.

La isla

Cuando el 1 de noviembre de 1520 el vigía de la nao Victoria divisó la costa tachonada de cien fuegos, el cronista Antonio Pigafetta pensó en la belleza de la escena y bautizó el lugar Tierra del Fuego. Cuando el 1 de noviembre de 1973 una barcaza de la Armada de Chile bajó la rampa para desembarcar a cien prisioneros políticos en la isla Dawson, el poeta adolescente Aristóteles España escribió: «Anoche al acostarme escuché ladridos en el campamento... y no eran perros».

SERGIO PRIETO IGLESIAS, 69 años, Punta Arenas.

Cuestión de perspectivas

MENCIÓN HONROSA

Magallanes, dicen, es la puerta de entrada a la Terra Incognita, donde convergen todos los caminos, adonde todos los viajeros quieren llegar. Donde mana la vida, donde se esconde el oro, la fuente de la eterna juventud, Trapalanda, la Tierra Prometida. Afortunado, dicen, es cualquiera que viva en esta tierra. Por su parte, Gabriel tiene 14 años. Vive con su mamá en una población con vista a una pampa tapizada con bolsas de nylon. Nunca ha ido a Torres del Paine. No le gusta ir al colegio. Sueña con vivir en Santiago, ser futbolista y salir en la tele.

PABLO CIFUENTES VLADILO, 29 años, Punta Arenas.

Mi amigo Pedro

Golpeaba mi puerta y pedía prestado el gualato para hacer un trabajito. Pedro vino de la isla Huar a hacer el servicio militar y aquí se quedó. En la tarde traía el gualato y pedía comida, un traguito, unas monedas para el bus que lo llevara a su rancho. Un día lo seguí. Lo vi tomar la micro frente al parque María Behety. Así llegué a su ranchito embanderado, donado por los carabineros, en la playa de Guairabo. Murió Pedro en el Hogar de Cristo un día nevado. No lo olvidaré, ni tampoco su regalo: una regadera celeste como sus ojos.

ELGA PÉREZ FERRADA, 64 años, Punta Arenas.

Incrédulo

Él, nortino, decía que le poníamos color al viento, de modo que una tarde de diciembre le dije que me esperara en Nogueira esquina Fagnano. Me retrasé a propósito y lo encontré más tarde. Despeinado y sin boina.

YOSELYN GALLARDO COSTA, 25 años, Punta Arenas.

Reunión lunar

Siempre habíamos tenido la fantasía de pintarnos el cuerpo y usar máscaras. A veces lo intentábamos con la güija, pero considerábamos necesario realizar un ritual más teatral. Dos amigas se interesaron, y una noche, a la luz de las velas, danzamos en círculo para consumar la invocación. El espíritu se dio a conocer bajo el nombre de Alpen. Nos inclinamos ante él y pactamos con sangre. En los diarios se habló de nuestra desaparición: cuatro jóvenes, Fuerte Bulnes y una fogata a medio apagar.

KATIA CVITANIC OJEDA, 24 años, Timaukel.

Ella solía

Mi mamá solía caminar hacia su trabajo, cerro arriba. Solía ir los sábados a la feria de Alfredo Lorca a conversar «con la gente del pueblo», como solía decir. Solía pasar las tardes en su jardín, cuando el sol se mostraba tímidamente. Solía leer cerca de las ventanas, atrapando la esquiva luz de Magallanes. Ahora recuesta su cabeza sobre la almohada y nos mira. No nos dice nada, pero creo que sueña que aún suele caminar hacia su trabajo, cerro arriba.

MARCELA MUÑOZ OJEDA, 39 años, Punta Arenas.

Sueño blanco

Don Julio era un viejo bueno y grande como álamo. Tenía un sueño, un imposible que abrigó junto a su pipa hasta morir. «Algún día iré a la Antártica», dictaminó por última vez, mientras una lágrima sellaba su partida. Desde entonces, a miles de kilómetros, en el continente blanco se habla de una extraña silueta que ronda por las noches: un hombre alto, con una pipa en la boca, que parece buscar algo. Don Julio era testarudo y siempre cumplía su palabra. Aquella se la había dado a su vieja, a quien aún llama entre la nieve.

MACARENA VILLARREAL QUIROGA, 36 años, Antártica.

Ilustración de Alberto Délano-Águila para el cuento «Cajetilla» (p. 92).

Colonial
RYLAN
MOKAMBO
Night Club

Testigos

Me dijiste que te buscara. En las venas del río San Juan, en aquel bosque de lengas, cómplice de nuestros encuentros. En los caseríos del cerro La Cruz, que emergen como acuarelas después de la lluvia. Me dijiste que te buscara. En el piño de troncos tan bien alineados a un costado de la salamandra. En la leña que arde hipnotizando mi soledad. Viento que sacude pampas, lágrimas y recuerdos, dime: ¿cómo hago para abrazarte?

LILIAN PINTO DURÁN, 56 años, Punta Arenas.

Hogar de Cristo

Una joven me abre la puerta con una sonrisa de lástima y me invita a pasar. Siento el calor del edificio recorrer mis músculos y me saco el gorro. La joven me da un vaso de café, sin cambiar su expresión. Es la primera persona en el día que no me da un pan con queso, pero no es la primera que me da esa mirada. Agradezco, me pongo el gorro y salgo al frío. Me detengo en un semáforo y miro hacia atrás. Las rejas cerradas de la mansión del obispo me hacen bajar la mirada.

ROBERTO HOFER ASENCIO, 18 años, Punta Arenas.

Círculos de piedra

Oigo el estruendo. No tengo tiempo de pensar en nada. Desde arriba me observan extraños individuos, dos de ellos sujetando cañones y otro que, portando un grueso libro, extiende su mano hacia el vacío. Cada vez más cerca diviso esos círculos de piedra que mis ancestros dejaron como vestigios de su paso por esta tierra. El par de proyectiles pudo dar por finalizada mi existencia, pero aquellas reminiscencias de nuestro espíritu bagual prevalecerán imperecederamente acá, donde los nevados acantilados australes se unen con los bermejos bosques de lengas, como cuando la ceniza intenta escapar del fuego.

ROBERTO MARTÍNEZ ARRIAZA, 26 años, Punta Arenas.

Porrazo

Nací en el campo magallánico, en Puesto Romero. Viví con los perros comiendo huesos debajo de la mesa, con los piños de ovejas, con mi viejo recorriendo el campo, con la felicidad familiar, aunque temiendo las noches de invierno, porque si me asomaba por la ventana me podían disparar. Corrí en bicicleta con mi hermana y sufrí la primera gran caída de mi vida. Llegué a Punta Arenas. Apenas entré al colegio, metieron preso a mi padre. Escuché que los milicos se habían tomado el poder. Después fui al Estadio Fiscal, al Psiquiátrico, al destierro, y finalmente llegué al cementerio.

JAIME ULLOA PÉREZ, 54 años, Punta Arenas.

Donde las llamas nacieron una vez

Cuando supimos lo de la huelga, nos juntamos sin más vueltas. El paro comenzaba a las doce de la noche y a las seis de la tarde ya estábamos reunidos. Comenzamos nuestro recorrido por Avenida España a la altura de la San Miguel. Veíamos columnas de humo negro por diferentes partes de la ciudad, algo impensado. Comenzaban nuestros días de anarquía. Las columnas se multiplicaban. Nosotros nos encargábamos de que siguieran así. Al llegar a la villa Las nieves, la oscuridad era total, con excepción del fuego rebelde que se asomaba en cada pasaje.

SEBASTIÁN SOTO NÚÑEZ, 24 años, Punta Arenas.

Un paraíso al fin del mundo

Somos viento, pampa, frío. Conversaciones familiares al lado de la estufa magallánica. Por el cordero, el calafate y el ruibarbo nos conocen el mundo y el resto del país. Así, me parece increíble que dentro de la misma región exista un lugar tan diferente en cuanto a paisajes, clima, estilo de vida. Es Puerto Williams: campos verdes, cerros nevados, escaso viento, calefacción a leña, vacunos y caballos abundantes, conectividad de transporte y comunicaciones de menor acceso. Pero tiene una magia especial, que es indescriptible. Por eso es necesario conocerlo y vivirlo. Para sentirlo.

CAROLINA SOTO MONTENEGRO, 37 años, Cabo de Hornos.

Corrida familiar

Las mejores corridas familiares que recuerdo haber tenido en Punta Arenas eran cuando mi mamá gritaba «¡la ropa!» al escuchar el sonido de la lluvia.

JANET VALDÉS CÁRCAMO, 32 años, Punta Arenas.

La Lorca

«Está lindo el día. ¿Vamos donde la Lorca? Quiero comer mote con huesillos?», dijo mi esposa. Asentí. Yo tenía ganas de comer los milcaos de la señora, frente a la cancha. ¡Sorpresa! En el camino nos topamos con mi suegro, que estaba comiendo unas «empanaíííítas de manzaaaana» que ofrecía otra señora. Mi hija encontró una polera de la Selección con su nombre en la espalda. Más allá había unos long plays a 500 pesos, mezclados con aromas a choripanes. Volvimos a la casa con el estómago lleno y un montón de cachivaches. Justo antes de que cayera el aguanieve.

JOSÉ GUAJARDO BUSTAMANTE, 44 años, Punta Arenas.

Pali Aike

Por las noches baja por el cráter y recorre lentamente los promontorios de piedra. Respirando trabajosamente, salta de un lugar a otro. A su edad le da vergüenza, pero en las noches sin luna le gusta jugar a que es un astronauta.

ANGIE SILVA MAJOR, 26 años, Punta Arenas.

Cambio de hora

El año en que dejamos de cambiar la hora como en el resto del país, ocurrieron un par de cosas que nos sacaron de lo cotidiano. Comenzamos a ver las noticias a las ocho en lugar de a las siete. El matinal empezó una hora más tarde y tuvimos tiempo suficiente para superar el estado de vigilia que la vista del patio nevado no nos dejaba vencer. Desayunamos con luz de día y también barrimos la entrada de la casa. Pero, por sobre todo, en cada té, en cada ducha no tan helada, porque ahora decidimos acompañarnos, hicimos revolución.

PILAR HIGUERA VALENCIA, 23 años, Punta Arenas.

Mala cueva

El vecino de enfrente anda siempre con un overol mugriento. Años atrás, al ponerse de sombrero una camioneta, le preguntaron qué había pasado. «Mala cueva», dijo. Ayer lo vi montado en su destartalado tractor mientras lo llevaban encadenado de tiro y le ponían un chonchón en el escape. Arrancaron, y largas llamaradas parecían devorarse al viejo, que aperreaba al volante. Entre humos y explosiones, se perdieron por los caminos de los huertos. Hoy le pregunté por la reparación. «¡Es la bomba!», me dijo, mostrándome un fierro deformado por costras y oxidaciones. Pregunte por Mala Cueva. Le dirán dónde encontrarlo.

RAÚL FUERTES, 68 años, Natales.

La abuela junto a la ventana

Está sentada, siempre mirando por la ventana. Fue joven una vez, y su historia de pionera se pierde en el tiempo y el coirón. Pero ella sembró junto a su hombre su semilla y su casta. Parió su prole exiliada en la llanura. En un ranchito abofeteado por el viento, con caballo y hacha, hizo germinar la tierra agria. Y aunque hoy para todos sea solo la vieja mirando la distancia, su epopeya inmensa forjó la patria magallánica. Si mañana la hallan con ojos fijos junto a la ventana, es que la Cruz del Sur se la llevó para condecorarla.

IVÁN ROJEL FIGUEROA, 49 años, Punta Arenas.

Invierno musical

Mi sonido favorito es el de la rueda de la bicicleta aplastando la nieve.

DANIELA ZEC AQUEVEQUE, 27 años, Punta Arenas.

El chapuzón de veinte lucas

«A que me meto». «A que no. Te vas a congelar». «¿Apostamos?». «Diez lucas». «Vale, trato hecho». Bromeaban entre risas, a los pies del Estrecho de Magallanes, en la calle Colón, dos de los cuatro visitantes provenientes del norte del país, que presenciaban las actividades de las invernadas en nuestra ciudad. «Me saqué el gusto no más, cof, cof, aunque el jarabe pa' la tos me costó veinte lucas, cof, cof». «Ja, ja», reían de buena gana los cuatro amigos en el aeropuerto Presidente Carlos Ibáñez, ya dispuestos a subirse al avión que los llevaría de retorno a la capital.

JOSÉ ASENCIO ASENCIO, 63 años, Punta Arenas.

Cementerio Municipal

La entrada es majestuosa. En realidad, tiene dos entradas, pero la principal solo se abrió el día del funeral de la señora Sara Braun, su benefactora, a petición suya. Sus cipreses, en largas filas, aparentan ser soldados erguidos cuidando el camposanto. El silencio es único. Solo el cantar de los pájaros con sus trinos rompe la monotonía. Las esculturas de los mausoleos son impresionantes. Los inmigrantes que descansan ahí –croatas, ingleses, franceses, alemanes, suizos– dejaron huellas escritas en sus lápidas. Este cementerio declarado Monumento Nacional es visitado por numerosos turistas que rompen el silencio con sus cámaras, para el recuerdo.

CECILIA PERRIÈRE PINTO, 79 años, Punta Arenas.

Una historia de mi vida

Yo vivía en la Costanera con mi pareja y unos amigos, y nos divertíamos todos los días, siempre. Hacíamos parrilladas y bailábamos todos juntos. Y después él y yo salíamos a caminar tomados de la mano. Y él siempre andaba a mi lado. Me cuidaba caleta.

YANETT GUERRERO CURUMILLA, 32 años, Punta Arenas.

Cuento escrito en un taller literario realizado
en el centro penitenciario de Punta Arenas.

La cabalgata del fin del mundo

En el fin del mundo me encontraba yo, aprovechando el sol, que dura como veinticinco minutos, esperando a salir a cabalgar con mi abuelo, pero él ya se había tirado al litro. Entonces me fui sola no más, a morir. E iba yo tranquilamente tratando de no sacarme la chucha, cuando el caballo se pone a trotar y luego sale perdiendo el poncho. Creí que ahí mismo moriría. Veía cómo pasaban los cerros y los alambrados, y yo seguía sin poder detener al caballo, ya rezando para no morir. Hasta que al fin se cansó y paró.

SOFÍA CERDA ZÚÑIGA, 15 años, Natales.

Guerrero magallánico

Raudo me preparo. Pañal, body y panty ajustado. ¿Terminamos? No, mi pesadilla recién comienza. Me quejo, pero el pantalón forrado, la polera y el chaleco ya están colocados. Surgen complicaciones. Algo huele raro. Ropa fuera, pañal a la basura, poto lavado e higienizado, y la ropa nuevamente. Todavía faltan prendas. Chaqueta, guantes, zapatos, todo en posición. Finalmente, gorro forrado y cuello. Solo ojos libres. Por fin terminamos. Mamá toma la chaqueta, la cartera y mi bolso. Me carga y cubre con una manta. Estamos completamente preparados. Llegó la hora de enfrentar el frío y batallar por un colectivo.

NELSON ZÚÑIGA MILLAO, 36 años, Natales.

Carretes magallánicos

Me sostuve del lavamanos y me miré en el espejo. La música hacía retumbar las paredes. Se me vinieron a la mente las imágenes del día siguiente. Tendría que limpiar el desastre que los carretes siempre dejan a su paso. Mis «amigos» solo se quedarían para poder carretear hasta más tarde. En la sala, en la entrada, en el jardín, la gente se amontonaba, para no sentirse sola. Tomaba y fumaba sin conciencia, para no sentirse sola. Pero la verdad es que eso es una farsa. Todos estamos solos, en una época en la que sentirse acompañado es un privilegio.

JAVIERA BARRIENTOS MEDEL, 16 años, Punta Arenas.

Los otros

Pasé un buen susto cruzando de noche el Cementerio Municipal Sara Braun. No creo en lo paranormal, pero menos creo en que el viento sea tan fuerte como para rasguñar las espaldas.

MARCO YAKASOVIC VALDÉS, 17 años, Punta Arenas.

Avenida España

Cuatro y cuarto de la madrugada, y los autos ya no pasaban por Avenida España. «The Scientist» de Coldplay sonaba en la radio. No pude evitar derramar una lágrima. Todo acabó. Los gritos y mentiras se hacían más comunes. Tenía que parar lo que alguna vez fue una relación que todos envidiaban, pero no quería que terminara de esta manera. De la nada empezaron a caer pequeños copos de nieve, como era común en Punta Arenas. Yo sabía que no debía aferrarme a algo que desde un principio fue un caos, pero lo amaba y creía que él a mí.

PAOLA MERINO BELMAR, 15 años, Punta Arenas.

El viento

En Magallanes sopla el viento, sopla el viento, y se lleva las palabras de mi cuento.

ANTONIA COVACEVICH AMEZAGA, 9 años, Punta Arenas.

Abuelas magallánicas

Los mejores días son cuando el viento hace crujir las paredes de esas pocas casas viejas a las que, por más que haya ráfagas de mil kilómetros por hora, no se les saldrá el techo. Esas pocas casas en que se conserva un rico calor hogareño a gas de estufa magallánica y un rico olor a pan casero y galletitas. Y en cuyas mesas hay esa mermelada de ruibarbo hecha por ellas mismas, por las abuelitas magallánicas.

CATALINA VARGAS FERNÁNDEZ, 16 años, Punta Arenas.

Sonidos nocturnos en la estancia

Ovejas y corderos balando. No uno, sino miles. Una sinfonía que se disfruta por cada balido. Cada uno es distinto, es un coro perfecto. Madres buscan a sus hijos y viceversa. Entremedio, un viento tímido que comienza a soplar cada vez con más fuerza. El crepitar de los leños, las chispas y ese calor de madera isleña que te abraza. Unos caballos pasan galopando cerca de la casa, presagiando lluvia. El guairabo en el jardín, llamando a su compañera siempre fiel. También el silencio absoluto. Todo da tranquilidad y se siente profunda paz.

PAULA COVACEVICH FUGELLIE, 42 años, Punta Arenas.

Ilustración de Rubén Sillard para el cuento «De la Antártica a la calle Balmaceda» (p. 108).

Viento devastador

Por estas tierras el viento es arrasador. No discrimina nada ni a nadie que se le cruce a su paso. En mayo, ráfagas de ciento trece kilómetros por hora derriban árboles y se acordonan las calles de mayor peligro para los transeúntes. La ciudad continúa activa. Las señoras siguen con sus labores en el hogar. Lavan y cuelgan sus ropas en los patios con grandes ganchos de madera, pero aun así se desprenden y vuelan hacia los patios contiguos. Contó mi tía que un día, camino a su trabajo, vio ocho camisetas de un club deportivo que volaban sin destino por los cielos.

CONSTANZA YAÑEZ ÁGUILA, 13 años, Punta Arenas.

El paraguas

Pensar que, cuando llueve en Magallanes, lo más inútil es el paraguas.

CAMILA GUAJARDO CÁRCAMO, 14 años, Punta Arenas.

Lola K

Lola K sueña con una noche oscura, más oscura que ninguna. Los hombres del grupo se levantan del círculo, llevándose sus armas y sus ruidos. Sabe, como buena selknam, lo que aquello significa. Otra vez, y otra y otra, caerá el guijarro tras surcar el aire. Habrán de aprender la lección demasiado tarde esos otros, los victimarios. En su sueño, el sol ya no amanece. Tiene vergüenza de abrir los ojos.

LAURA SOTO GALLARDO, 13 años, Porvenir.

El Bartolo y la noche magallánica

Mi papá, un marino de Viña del Mar, fue trasladado a Punta Arenas. Fue un golpe duro en mi adolescencia, ya que en Viña yo tenía una banda y todo el cuento. Tocábamos stoner rock. La cosa es que llegamos acá con mi familia. Me matricularon en el Liceo Luis Alberto Barrera y ahí empezó todo. Con unos cabros del curso hicimos una banda y nuestra primera presentación fue en el Bartolo. No lo podía creer. Íbamos a telonear a unos viejos míticos, los Hielo Negro. Cruda experiencia.

PAULINA MANSILLA TORO, 28 años, Punta Arenas.

Cajetilla

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Se sacó el cigarro de la boca. Estaba en Errázuriz. Puta qué hacía frío, pero qué bueno estuvo el quilombo en el night club. Eran casi las seis. Buscó sencillo en su bolsillo, pero encontró puchos, así que prendió uno y se puso a fumar y a caminar. Total, tenía que llegar hasta el puerto y estaba helado. Se sentía bien, cada vez más lúcido. Encontró un Santa Helena tirado en la calle y ni la pensó. Cuando llegó a Bories botó la caja casi vacía y prendió otro cigarro, pero esta vez deseó estar bañado en bencina.

JOSÉ PEÑA SUÁREZ, 18 años, Punta Arenas.

Slowly

Como en una fotografía enfrentada a un espejo, la noche en el bar Slowly se había replegado sobre sí misma. La gente intensa y ruidosa, el dueño –un inglés que al llegar al pueblo pedía que le hablaran «slowly», y así se llamó para siempre el local–, las chicas extrañas, las miradas teñidas de parajes lejanos, los «viejos» borrachos y yo. A las cuatro, alguien cerró la puerta y me despedí del calor beodo. Pero en lugar de irme a dormir anduve por Natales. Las calles solitarias. Las luminarias componiendo un paisaje de ciencia ficción. El mar como un sueño entre islas. Sur, sigues aquí.

CLAUDIO ANDRADE TORRES, 46 años, Natales.

El corazón del ovejero

El ovejero mira el amanecer con su taza de café en la mano. Piensa en su familia, que trabaja en otra estancia. Luego observa a su alrededor y se encuentra con una belleza inimaginable. Entonces se da cuenta de que no está solo, porque a pesar de todo lo acompañan la naturaleza y el espíritu del viento.

MILAN MARANGUNIC LAUSIC, 12 años, Punta Arenas.

Es de yeta

Y ahí estaba yo, sintiéndome el más afortunado. Tenía polola, era invierno, mi estación favorita del año, y además acababa de ganarme el Kino. Iba chocho caminando con ella por la calle, boleto en mano. De repente sale un ventarrón que te lo encargo. ¡Y se me va! Comenzamos a perseguirlo por toda la ciudad, pero para variar estaba escarchado. Pasamos por la plaza. Yo, agarrado a sus infaltables cuerdas. Hasta que llegamos al estrecho ¡y se fue! Sin mirar atrás, lo único que pude hacer fue gritarle: «¡Vuelve! ¡No me dejes! Te espero...».

VALENTINA GYSLING ALVAREZ, 15 años, Punta Arenas.

Ruta 9

Ruta 9, de Punta Arenas a Puerto Natales: 45 ñandúes, 25 caranchos, 15 flamencos, 6 cóndores, 4 zorros, 2 águilas, 1 chingue, 1 piche, 1 arreo, 2 campos minados, 1 monumento al viento, lengas y ñirres, Gauchito Gil y Difunta Correa, un fiordo, el milodón y... ¡Natales! ¿Cómo que no se ve nada?

KRIS ROBLES CHAMORRO, 38 años, Natales.

Bola 8

Desperté. Un guanaco me miraba. Nunca más quedo como mazo.

GABRIELA URRUTIA MUÑOZ, 17 años, Punta Arenas.

Mirando en la calle

Hay una brisa heladita. Mi familia y yo vamos caminando por la calle en polerones, con las chaquetas en la mano. De repente veo unos gringos, todos con chaquetas gigantes, gorros, guantes, bufandas, botas de nieve y pantalones térmicos. Yo los miro con ojos gigantes y pienso: «¿No tendrán calor?». Le pregunto a mi mamá y me responde: «Lo que pasa es que para ellos Punta Arenas es como la Antártica», y yo me echo a reír. Los miro de nuevo y seguimos caminando.

VIOLETA ORTIZ PÉREZ, 11 años, Punta Arenas.

Olvido

El señor Ricardo fue a la confitería Cohen y se le olvidó su billetera, pero fue al Banco de Chile y sacó plata.

ALMENDRA MAYORGA APARICIO, 6 años, Natales.

El truco está en mentir

Cuarenta papeles entre anchos y sablazos, mazos y monos, hasta un abanico de reyes, flores y guiños, 12-24 y 15-30. El envido y la falta, el truco y el vale cuatro. Un sorbo y un cigarro, la vida en una mano. El que miente más gana y el que pierde honradamente paga su suerte.

ÓSCAR ESPAÑA BURGOS, 45 años, Punta Arenas.

Herencia de ojos grises

En los ojos grises de mi abuelo, y en sus agarrotadas manos, puedo ver la esperanza del sueño de un ovejero que a sus cortos años dejó su isla para colonizar otra, la de Tierra del Fuego. Fueron años de nostalgia y enormes esfuerzos, recorriendo a diario miles de hectáreas, donde imperaban el frío, la escarcha y el viento. Junto a su caballo soñaba entre coirones que algún día sería el patrón. El día esperado llegó: vio que la infinita pampa por fin era suya. Y lloró, porque él ya lo había entregado todo.

GRACIELA BARRÍA TORREZ, 26 años, Porvenir.

Punta Arenas

Soy de un lugar donde el frío te recuerda la edad, la luz la época del año y el viento la firmeza de tus raíces.

MARIO HARDIE ROGEL, 48 años, Punta Arenas.

Mal intento

Las llanuras de Magallanes estaban vacías, coloradas de ocasos. Ya habían bajado a la tierra el puma, el zorro y otros bichos que el Gran Dios había creado, pero él sabía que faltaba algo. Admiraba los caballos, creados por otro dios, que embellecían lejanos parajes. Una noche, borracho, quiso hacer una manada de caballos para poblar la Patagonia. Torpe por la borrachera, hizo cualquier cosa y la largó a la tierra. Al amanecer, espantado, vio su obra: remedo torpe, de cuello demasiado largo, patas demasiado finas, humor de perros e imitación estridente de relincho. Así nació el guanaco.

IVÁN ROJEL FIGUEROA, 49 años, Punta Arenas.

Viajes dentro de la Antártica

La otra vez fuimos a la base china y nos sacamos fotos en el cartel de la entrada, que decía algo en chino y algo en inglés: «Welcome to the Great Wall», ya que así se llama la base. No entramos, porque no nos invitaron. Otro día fuimos a la base coreana en bote. Como sí nos invitaron, entramos y vimos las edificaciones. Tienen hasta un invernadero. Cuando nos fuimos nos regalaron un barco de cartón que se arma. Mañana iremos a la base uruguaya. Y más adelante a todas las bases de la isla Rey Jorge.

SOFÍA CASTRO ULLOA, 11 años, Antártica.

Nacido, crecido y envejecido en Magallanes

Si viviera en Punta Arenas, me dedicaría a cazar los interminables amaneceres y crepúsculos del verano austral. Tendría una casa frente al estrecho. Disfrutaría el viento circular antártico que acecha en septiembre. Visitaría a los amigos de Tierra del Fuego una vez por mes, y en la soledad de la vejez escribiría un cuento infinito.

KEMBERLYN JAUREGUI LUCERO, 28 años, Primavera.

26 de agosto de 1974: pobladora

Aterrizamos en el aeropuerto de Cerro Sombrero en el Avro de Lan Chile y de ahí seguimos a Manantiales. Llegamos temprano a la casa asignada, que estaba completamente inundada. El peso de la nieve había roto el techo y el agua caía por todos lados. Puse el moisés de mi guagua sobre la mesa del comedor, mientras mi hija de dos años chapoteaba con las goteras. Antonio bajó las maletas y se fue a terreno, a trabajar. Y ahí estaba yo, con minifalda, zapatos altos de terraplén y dos guaguas, comenzando mi vida de pobladora en los campamentos de ENAP.

ELGA PÉREZ FERRADA, 64 años, Punta Arenas.

Claudio Bravo

Claudio Bravo fue a la biblioteca y leyó un libro de terror, se asustó y le dio un infarto.

NATANIEL RUIZ MENA, 6 años, Natales.

De la Antártica a la calle Balmaceda

MENCIÓN HONROSA

Mi amigo gringo trabaja en la Antártica haciendo ciencia para los Estados Unidos. Cuando paran en Punta Arenas, tanto marineros como científicos se toman unos schops regionales y luego se encaminan a casas de remolienda a invertir sus dólares. Ahí, las amistosas chicas les ponen nombres chilenos, y así es como mi buen amigo John pasa a ser de noche Juanito y yo, bueno, el intérprete que bebe gratis.

MARCELO BRAVO ESPINOZA, 39 años, Punta Arenas.

El Viejito Pascuero nos visita de día

Recuerdo la orden drástica de mi papá, cada 24 de diciembre de mi infancia, a las diez de la noche: «Ahora, a acostarse y dormir, para esperar la llegada del Viejito Pascuero». Pero los rayos potentes de un sol que se negaba a marcharse impedían el dormir y aumentaban la ansiedad de la espera.

SONIA AGÜERO VERA, 49 años, Punta Arenas.

Lo que se hereda no se hurta

Familia de inmigrantes escoceses e ingleses. Estancia Cerro Guido. Mi abuelo entraba de terno a la quinta y al gallinero. Él bailaba «el cueco». Mi mamá lo llamaba «daddy». Ella no habla inglés. Mi abuelo hablaba a duras penas español. Él tenía una arruga entre ceja y ceja por fruncir el ceño. Mi mamá tiene la misma arruga. Yo también.

CAMILA ECHEVERRÍA MAC-LEAN, 30 años, Natales.

El invierno

Me levanto para prender el calentador. La casa está muy helada. Voy a prepararle el desayuno a mi hija. Ella todavía duerme. Una leche calentita para ir despertando. Enojada, toma su leche, se viste y va por su muñeca. «¡Vamos, hija! ¡Estamos atrasadas!». Enojada aún, me pregunta: «Mamá, ¿por qué tenemos que ir a la escuela de noche?».

PAULINA GONZÁLEZ ARAYA, 31 años, Punta Arenas.

Callejeando

Recorríamos la ciudad entera, de norte a sur y de cerro a mar. Caminábamos contándonos la vida, la muerte y los sueños. Caminábamos por caminar, horas y horas. En invierno, cuando nevaba con furia, y tras pasar la Costanera y atravesar Bulnes, buscábamos refugio en algún supermercado de Bories para escondernos del frío. Comíamos cualquier cosa que se nos antojara, comprada en el momento, y luego continuábamos callejeando por la ciudad. Ese era nuestro pasatiempo y nuestra terapia para olvidar que en la casa siempre hacía más frío que en época de carnaval invernal.

ÓSCAR PAREDES ÁLVAREZ, 28 años, Punta Arenas.

Fresia, kawésqar

Fresia Alessandri, la última alacalufe del seno Skyring, me recibe como siempre lo hace con los «extranjeros»: cantando el himno nacional con una mezcla de español chapuceado y un ininteligible kawésqar. Al rato me ignora, como si yo fuera translúcida. Sus artríticas manos aún parecen conservar la forma precisa, ese modo cóncavo-convexo, para agarrar los remos. Fresia, en religiosa actitud, igual que sus antepasados, hila un vellón de oveja con un rústico huso. Después tejerá gruesas calcetas, las que, pese a su demencia senil y su ignorancia con los números, concluirá casi en perfecta paridad.

OLGA PIFFAULT GOICH, 58 años, Punta Arenas.

Lalo y la Milonga

Lalo y la Milonga se encontraron en el mall de Punta Arenas. La Milonga bailaba que bailaba limpiando las mesas. No escuchaba que Lalo le pedía insistentemente un cigarro, hasta que a continuación le dijo que no fumaba. Lalo se enojó demasiado y la empezó a insultar. La Milonga le dijo que se calmara y le dio un vaso de bebida. Lalo entonces le ayudó a limpiar las mesas. Se hicieron amigos. Ahora alegran juntos la ciudad: la Milonga cantando y Lalo pidiéndoles a los magallánicos un cigarrito.

NICOLÁS BARRIENTOS OPORTO, 16 años, Punta Arenas.

ENAP PRESENTA
MAGALLANES EN 100 PALABRAS

Por segundo año consecutivo, ENAP invitó a los habitantes de la región magallánica a escribir sus historias a través del concurso de cuentos breves MAGALLANES EN 100 PALABRAS, organizado por Fundación Plagio. Llegaron más de dos mil relatos, provenientes de todas las provincias, incluida la Antártica. Este libro, que reúne los mejores 100 cuentos del certamen, es una invitación a trasladarse a uno de los paisajes más hermosos del mundo y también a conocer la mirada que tienen los magallánicos sobre su pasado y su presente, y cómo ven el futuro.

PRESENTA

ENAP
ENERGIA QUE MUEVE A CHILE

ORGANIZA

PLAGIO
FUNDACIÓN

MEDIA PARTNERS

PINGUINO MULTIMEDIA
DIARIO) TV) RADIO) WEB @

TVN EL CANAL DE CHILE